



Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote

Jesucristo es el sumo y único sacerdote. Él ha ofrecido por los pecados el sacrificio único, perfecto e irreplicable de su vida, cuya eficacia redentora perdura para siempre jamás. Sentado a la derecha del Padre intercede con sus llagas gloriosas por aquellos que a lo largo de los tiempos van siendo consagrados, mientras llega el tiempo de la consumación final, en el que todos los poderes contrarios del cielo y de la tierra le sean sometidos.

Nuestro sacerdote glorificado y santificador da fundamento firme a la esperanza de los fieles, porque nos hace posible acercarnos a él con corazón sincero y purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en el agua pura del bautismo. Siguiéndole por el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros en su carne, tenemos acceso a la gloria de Dios.

Los sacerdotes de la Iglesia hemos recibido el mandato explícito de Jesús de hacer presente en su memoria el acto único e irreplicable de la entrega de su cuerpo por nosotros, a los que ha amado hasta el extremo; y del derramamiento de su sangre de la nueva alianza para el perdón de los pecados.

De esta manera nos ha asociado, por libre elección de amor, a la perpetuación sacramental de sacrificio redentor y a la prolongación de su principal presencia real con nosotros hasta el final de los siglos.

Esta capacidad regalada de ser representación de Cristo sacerdote, que se ofrece a sí mismo, nos obliga a ser partícipes de su mismo sacrificio y a vivir realmente lo que sacramentalmente representamos. En esta ocasión nos referimos a San Juan María Vianney, que realizó en grado excelente el programa que a todos los sacerdotes se nos ha propuesto al recibir la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios: “Considera lo que realiza e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor.”

San Juan María Vianney está muy presente en la memoria de la Iglesia en este año sacerdotal; y los sacerdotes especialmente deseamos dar gracias a Dios en esta fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote por el modelo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal que nos ofrece en el santo Cura de Ars.

Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones difíciles que presenta a la tarea pastoral la cultura y sensibilidad



de nuestro tiempo, en el que predomina la consideración social y temporal de la vida diaria sobre la visión de la misma en la perspectiva del Reino de Dios y del Evangelio.

El Cura de Ars debió de afrontar en el siglo pasado dificultades que tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, él representó, para la sociedad de su tiempo, un auténtico desafío evangélico que ha dado frutos sorprendentes de conversión.

Todos estamos llamados a meditar sobre nuestro sacerdocio ante este pastor sin igual, que ha iluminado a la vez el camino del ministerio sacerdotal y de la santidad del sacerdote.

El secreto de la ejemplaridad sacerdotal del Cura de Ars se encuentra en su profundo amor a Cristo y a las almas. Su amor a Dios sin límites, en respuesta al amor manifestado en Cristo, funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: “Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para vos».

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el Evangelio a los discípulos que envía en misión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente, un pastor ha sido consciente hasta este punto de su responsabilidad de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. Así lo expresaba en su oración: “Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida”.

Por ello, los Frutos del Cura de Ars en su ministerio fueron abundantes y sorprendentes, como los de Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús todas sus fuerzas y todo su corazón, el Salvador, en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confió en abundancia, como es bien sabido. La multitud que llega a su parroquia desde diversas partes de Francia tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que los atrae es ciertamente el deseo de encontrar un santo: sorprendente por su penitencia; tan familiar con Dios en la oración; fascinante por su paz y su humildad; y, sobre todo, tan capaz de discernir las disposiciones interiores de las almas en el confesionario. Dios escogió como modelo de pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil y menospreciable a los ojos de los hombres.

Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias; estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. Durante años ofreció una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en un ambiente no cristiano; o bien una cercanía a las personas, a las familias y sus preocupaciones; realizó un primer anuncio que trataba de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; dio un testimonio de caridad y de justicia, que hace más creíble



la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

La incansable dedicación al sacramento de la reconciliación fue sin duda el carisma principal del Cura de Ars. Es bueno que ese ejemplo nos impulse hoy a restituir al ministerio de la reconciliación el lugar que le corresponde en el proceso de la edificación de la Iglesia.

Toda la vida sacerdotal del Cura de Ars estaba consagrada a la conversión de los pecadores y a su descubrimiento del amor y de la misericordia de Dios. Por ello, acogía siempre a los penitentes que venían de todas partes, a los que dedicaba la mayor parte de su tiempo. Esta atención era para él el mayor ejercicio ascético, un verdadero martirio; físicamente, por el calor o el frío; moralmente, por los pecados de que se acusaban y, más aún, por la falta de arrepentimiento: **“Lloro por todo lo que vosotros no lloráis”**. Esta era la forma en que Dios le pedía su participación en la Redención.

En la situación actual, los sacerdotes deberíamos dedicar al ministerio de la confesión de los fieles el tiempo y la atención necesarios, y a darle prioridad sobre otras actividades. Decimos que no le dedicamos más tiempo porque los fieles no piden el sacramento. Los fieles de Ars tampoco habían descubierto la necesidad de la conversión hasta que no se encontraron con el testimonio de vida y con la predicación de su Cura. Fue preciso un largo camino catequético previo, y lo mismo hace falta ahora. Pero lo que nos falta sobre todo es la santidad y el celo pastoral de Juan María Vanney. El ministerio de la reconciliación es, sin duda, el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente: supone en el confesor grandes cualidades humanas y una vida espiritual intensa y sincera, así la propia recepción regular del sacramento. Pero es cierto que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores.

La Eucaristía ha de ocupar el centro de nuestra vida espiritual y de nuestra labor pastoral. El cura de Ars decía a sus feligreses: «Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios». Pero el sacerdote ha de ofrecerse también sacrificio a Dios en cada eucaristía. «La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones». La Misa era para Juan María Vianney la gran alegría y aliento en su vida de sacerdote. Se preparaba con toda diligencia y en silencio durante largo tiempo. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: «La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa».



El Cura de Ars se dejaba afectar por la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el sagrario pasaba largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche; durante sus homilías solía señalar al sagrario diciendo con emoción: « Él esta ahí». El ejemplo del párroco movió a los fieles a ir a rezar ante el Santísimo Sacramento.

El ejemplo del Cura de Ars nos invita a preguntarnos: ¿Qué lugar ocupa la santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal? ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles?

El Cura de Ars ponía todo su cuidado en el ministerio de la Palabra, para llamar a la fe y la conversión; y decía: «Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo».

Tenía la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: “Si un pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarnan, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado”. Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, “él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio”, y si ponía ante los ojos, a veces incluso llorando, el pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a Él y vivir en su presencia.

El ministerio del Cura de Ars ofrece una respuesta a algunos interrogantes planteados en las últimas décadas sobre la identidad del sacerdote. Cristo Sacerdote tiene que ser siempre la fuente de la identidad sacerdotal del presbítero. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor. Desde esta vinculación fundamental se abre su servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia.

El sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados, que consiste en hacer de su vida una ofrenda espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos.

Pero el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. Él ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios, la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse para vivir y actuar según el designio salvador de Dios.



Carlos López Hernández

Es esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada mediante su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores. San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo. La oración fue el alma de su vida. Su pobreza era extrema. Rehuía los honores. La castidad brillaba en su rostro. Su obediencia a Cristo se traducía en obediencia a la Iglesia y en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecogía. Pero el Evangelio insiste especialmente en la renuncia a sí mismo, en la aceptación de la cruz. ¡Cuántas cruces se le presentaron al Cura de Ars en su ministerio!: calumnias de la gente, incomprendiones de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche espiritual del alma. Juan María Vianney no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salía al encuentro de la mortificación imponiéndose ayunos continuos, así como otras rigurosas maneras de “reducir su cuerpo a servidumbre”, como dice san Pablo. Su motivación para la penitencia era el amor a Dios y la conversión de los pecadores.

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. San Pablo decía: “Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia”. Juan María Vianney quería arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquellos que no le amaban y, a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el pastor siempre solidario con su pueblo pecador.

Por todas estas razones, san Juan María Vianney es un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Y por su intercesión pedimos al Único y Eterno Sacerdote que nos haga dignos testigos de su Palabra, de sus Sacramentos y de su amor.